

Carta de Marcelo Expósito al público de la proyección "Inocencia perdida", Cinemas Maldà, Barcelona, jueves 29 de julio de 2010.

Ver programa de la proyección y texto de introducción en:  
[http://marceloexposito.net/pdf/exposito\\_inocenciaperdida.pdf](http://marceloexposito.net/pdf/exposito_inocenciaperdida.pdf)

Estimados amigos, estimadas amigas:

quiero agradecerles en primer lugar el haber venido a esta sesión, en pleno ecuador del verano mediterráneo. Me correspondía hoy estar presente para introducir esta proyección. Les ruego no se tomen mi ausencia como una descortesía: hace un mes, a mi hijo le dio por nacer; y anoche, saliendo para el aeropuerto camino de Barcelona, mi hija de siete años tuvo la extravagancia de caerse por la escalera de casa y romperse un brazo. Ambas cosas en la ciudad de Buenos Aires, donde estoy ahora mismo, por decirlo alegremente, atrapado.

En apenas cuatro líneas acabo de describirles unas circunstancias de vida difícilmente vislumbrables en los años en que realizamos los vídeos que de inmediato van a ver. También muchas otras personas cuya obra está representada en este programa tienen hijos y otras condiciones de vida diferentes —como las mías— a las que teníamos entre los años ochenta y noventa. Ello no obstante, no somos pocos los que todavía seguimos lo que se suele llamar vulgarmente "activos". Pero muchas cosas han cambiado en esa actividad nuestra desde entonces hasta ahora. A quienes no estuvieron, por así decir, en los años ochenta, les resultará imposible pensarse en una situación en la que hacer un vídeo requería por lo general, o bien poseer una cámara propia (comprada con mucho esfuerzo económico, y habitualmente de una calidad inferior de la que ahora disfruta cualquier vecino para filmar la comunión del niño), o bien utilizarla durante unas pocas horas mediante alquiler a precio reducido —pero precio, al fin y al cabo—. En esa época también, editar un vídeo suponía tener que pelear para acceder a una mesa de edición en alguna institución pública o semipública, o bien ahorrar durante largo tiempo o acceder a una beca —por lo general modesta— para poder costear el precio de una o más jornadas de edición en un estudio profesional.

Uno entraba en un estudio con sus cintas de Vídeo 8, Super VHS o Umatic, originales de cámara sin repicar, con los nervios a flor de piel: el cronómetro era implacable y los minutos y las horas tenían la mala costumbre de transcurrir con rigor mecánico. Una indicación errónea al editor, cualquier tropiezo en un efecto mal calculado, o un resultado desastroso en cualquier imagen producida que a uno, en la imaginación, le había parecido originalmente que resultaría maravillosa, constituían problemas que costaban dinero y por lo general una reducción del tiempo para pensar. Eran circunstancias apremiantes que exigían por lo general eficacia y contundencia en la ejecución de un trabajo. Esa mayor limitación en el tiempo de acceso a los equipos y las condiciones de la edición lineal en soporte electromagnético, no digital, constituían sólo dos de los aspectos (si bien dos de los más extendidos y relevantes) para conformar también un tipo de subjetividad por completo diferente a la actual a la hora de enfrentarse a la producción y manipulación de imágenes. Entrados los noventa, hubo quienes pudieron tener acceso a editar en ordenadores caseros de gran potencia. Ello permitía una experiencia más, digamos, relajada; por pura necesidad, puesto que las varias horas que podía llegar a costar renderizar un efecto sencillo (apenas un ralentizado, un fundido y un par de divisiones de pantalla) obligaban a ingerir muchos cafés o cervezas y posibilitaban mantener largas conversaciones telefónicas con los novios, amantes o amigos.

Resulta obvio que las diferentes condiciones técnicas que entonces imperaban generaban una subjetividad diferente, como ya he dicho, en el trabajo de producción de imágenes. Quizá puedan ustedes apreciarlo en sus resultados, mientras transcurre este programa.

Si se quiere entender adecuadamente el contexto en que estos vídeos fueron realizados y difundidos, me parece asimismo pertinente recordar que en esa época, por insólito que ahora les parezca, en el 90% de las exposiciones de arte contemporáneo realizadas aquí no había vídeo, o por lo menos no vídeo realizado en España. Hacer vídeos se consideraba por lo general, por parte de quienes se hacían llamar "la gente del arte", una actividad sustancialmente diferente de ser artista, o una forma de arte menor. Por ejemplo, los monitores de gran tamaño con los que era necesario armar las videoinstalaciones afeaban la imagen pulcra de las postmodernísimas salas de arte: acercaban la experiencia del arte peligrosamente a la vulgaridad de la imagen televisiva. Por su parte la televisión, cuando comenzó a mirarnos, lo hizo pensando en convertirnos sobre todo en futura fuerza de trabajo creativa. De la institución cinematográfica, mejor ni hablar: vídeo era el soporte en el que se alquilaban las películas en el videoclub o se grababa de la tele una de Coppola. Y a pesar de todo, en ese limbo gozoso pero complicado desde el punto de vista técnico, económico e institucional, se produjeron, aun con modestia y casi sin pretenderlo, algunas de las imágenes pensantes más notorias del arte contemporáneo en España de las dos últimas décadas del pasado siglo. De eso no me cabe duda.

También eran tiempos en los que, al menos yo así lo recuerdo, y ya acabo esta presentación a distancia, en el área del vídeo independiente (como le llamábamos) se vivían procesos de confluencia, de solidaridad y de cooperación —no exentos, afortunadamente, de desacuerdos y de conflictos— que, si bien entonces no se vivían como excepcionales, yo ahora recuerdo con verdadera felicidad. Este programa que Hamaca me ha permitido componer y hacer público hoy en este Cine Maldà es, en primer lugar, una muestra de aprecio, sin nostalgia, por quienes fueron mis compañeros y compañeras en esa época.

Pido disculpas de nuevo por mi ausencia y por haberme extendido en este texto, les agradezco su atención y su presencia, y espero que disfruten de la proyección.

Marcelo Expósito, Buenos Aires, 28 de julio de 2010.